SAN FRANCISCO JAVIER Y LA FORMACIÓN PARA LA MISIÓN*

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v53i183.616>

*Autor: Mons. Fernando Sebastián.
Arzobispo de Pamplona y obispo
de Tudela.*

El itinerario misionero de Francisco, resaltando un aspecto importante: el descubrimiento que supone para él la misión en marcos tan nuevos y distintos. A través de los rasgos del misionero Francisco resalta las afinidades en la misión y formación para la misión de formadores y seminaristas.

ESTUDIOS

INTRODUCCIÓN

Al comienzo de este encuentro quiero saludaros a todos, con verdadero afecto, y agradecer os el trabajo, ciertamente difícil y exigente, que venís haciendo, día tras día, para la buena preparación de los futuros sacerdotes. Tenéis a vuestro cargo una de las tareas más importantes y más delicadas que hay que hacer en la vida de la Iglesia. Nos ayudáis a los Obispos en la selección y formación de los cristianos llamados por el Señor para servir a su Pueblo en el ministerio sacerdotal.

La Comisión Episcopal ha querido acertadamente situar vuestra reunión anual en Javier. Estoy seguro de que su memoria y su cercanía nos

* Conferencia dada en Javier en el Curso para Rectores y Formadores de Seminarios Mayores de España el 12 de Septiembre de 2006.

ayudará a descubrir nuevos aspectos de la figura del sacerdote en tiempos de evangelización, y por tanto a ver también con más claridad las exigencias más urgentes en la formación de los sacerdotes que han de anunciar el evangelio en la Iglesia y en la sociedad del futuro.

S. Francisco de Javier fue ciertamente un misionero de primera línea. Pero como responsable de la Compañía de Jesús en la naciente provincia de la India tuvo también que ocuparse de la formación espiritual y pastoral de los nuevos jesuitas. En sus cartas hay numerosos testimonios de la atención que él dedicaba a la adecuada formación de sus colaboradores en la misión.

Pero sobre todo es el ejemplo de su vida, tal como la podemos conocer por medio de sus cartas, lo que nos descubre de forma sorprendente lo que tiene que ser la vida personal de un misionero de vanguardia. Es verdad que S. Francisco vivió y desarrolló su apostolado en unas circunstancias muy diferentes de lo que normalmente será la vida ministerial de nuestros seminaristas. Sin embargo, si miramos las cosas un poco en profundidad, veremos cómo las circunstancias de su apostolado tienen hondas afinidades con los rasgos propios del ministerio sacerdotal y apostólico en los tiempos presentes.

Al llegar a la India, y en los diez años que dura su misión, S. Francisco tiene que desenvolverse en un doble campo de actividades, por un lado tiene que dedicarse a fortalecer la fe y consolidar la vida de unas comunidades cristianas que viven penosamente cercadas de dificultades. Por otra parte, como misionero apostólico, él se enfrenta con la imponente tarea de anunciar el evangelio de Jesucristo a personas que nunca habían oído hablar de él, en sociedades muy cerradas al mensaje que él les ofrecía, frente a culturas poderosas que rechazaban un mensaje que conmovía sus cimientos y ponía de manifiesto las deficiencias de sus costumbres.

¿Acaso esta situación no tiene un parecido profundo con la situación de los sacerdotes y de los cristianos frente a un mundo poderoso, en el que está cristalizando una forma de vida muy diferente del evangelio de Jesús, muy seguro de sí mismo y muy opaco a la presencia de Dios?

A lo largo de los diez intensos años de su aventura misionera, Francisco comprende mejor la novedad y las exigencias de esta situación. Su vida entera es un descubrimiento y una realización de cómo tiene que afrontar un discípulo y un apóstol de Jesucristo esta misión realmente sobrehumana de anunciar en una sociedad pagana la buena noticia que Jesús trajo al

mundo como principio de iluminación y de salvación para todos, por encima de todas las distancias y todas las diferencias.

No hace falta tener mucha agudeza para saber que en los años próximos el ministerio sacerdotal y la actividad pastoral de las parroquias tendrán que cambiar profundamente para adaptarse a una sociedad cada vez más distinta, más diferenciada y más alejada de la vida y de las actividades ordinarias de la Iglesia. Muchas veces nos preguntamos cómo tendrán que ser las comunidades cristianas del futuro para responder a las exigencias de los tiempos. Es normal que los mejores de nuestros jóvenes, seminaristas o no, se pregunten con cierta inquietud cómo tienen que orientar u organizar su vida para ser verdaderos discípulos de Jesús y misioneros válidos de su evangelio en el mundo que ellos presienten mejor que nosotros.

En el umbral de este nuevo milenio, que ha sido calificado por el Papa como tiempo de misión, el estudio atento de la vida de S. Francisco Javier, de su vida espiritual, de sus sentimientos y de sus métodos es indudablemente una gran ayuda para ir percibiendo lo que tiene que ser la vida y el estilo ministerial de los sacerdotes y de los cristianos que quieran hacer suya de verdad la gran tarea evangelizadora de la Iglesia en el siglo XXI.

Consciente de la dificultad de la tarea, en este trabajo voy a intentar presentaros las líneas de fuerza de la experiencia evangelizadora de S. Francisco Javier tratando de destacar al mismo tiempo las enseñanzas que se desprenden para nosotros en esta tarea tan importante que la Iglesia os ha encomendado a los formadores de los seminarios, ayudar a nuestros jóvenes a prepararse interiormente para ser dentro de muy poco servidores del Pueblo de Dios y misioneros del evangelio de Jesús en el mundo. Estoy seguro de que en vuestros ratos de reflexión y de oración sentiréis el peso y la dificultad de esta responsabilidad. Me sentiría muy contento de poder transmitir os la convicción de que en S. Francisco Javier podéis encontrar un maestro experimentado que ya se encontró con estas dificultades y fue capaz de responder a ellas con una lucidez admirable y un acierto que la Iglesia y la devoción de los cristianos del mundo entero han reconocido con admiración y gratitud.

RASGOS PRINCIPALES DE UNA VIDA MISIONERA

Cuando uno se adentra en la lectura de las cartas de S. Francisco, aparece enseguida con toda claridad que la clave para comprender la extraor-

dinaria fuerza del ministerio y de la actividad apostólica de S. Francisco Javier no está en la extraordinaria actividad que despliega, ni en la modernidad de sus métodos, ni siquiera en sus admirables dotes de expresión y de liderazgo, sino en la admirable intensidad religiosa de su vida personal, en su entrega total a Dios y al seguimiento de Cristo, en su fervor y fidelidad, en una palabra, en su santidad. No es tarea fácil reproducir con unos cuantos trazos la intensa vida espiritual de S. Francisco de Javier, una vida que se va desarrollando y enriqueciendo al mismo tiempo que entra más hondamente en las exigencias de su misión apostólica. Trataré de hacerlo con toda la objetividad y sencillez de que sea capaz.

1. Amor apasionado por Jesucristo.

Es indudable que el rasgo más radical de la vida entera de S. Francisco Javier es su amor apasionado por Jesucristo, y a partir de ahí su determinada voluntad de ajustar su vida en todo a la voluntad de Dios. Él se entrega a Dios por medio de los Ejercicios Espirituales, bajo la dirección de S. Ignacio, y desde ese momento su vida entera queda bajo la influencia de esta experiencia central y definitiva. S. Ignacio reconoce que Francisco había sido el “barro más duro que había tenido que moldear”. Francisco se resistió, defendió sus proyectos personales frente a las llamadas del Señor, pero cuando se entregó, lo hizo con una decisión y con una radicalidad absolutas que cambiaron enteramente su vida. Según nos cuentan los testigos, el golpe de gracia en su conversión le vino por una frase del evangelio muy elemental: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?” Esta expresión de Jesús fue como un relámpago que iluminó su vida, le hizo ver la pequeñez de sus aspiraciones y la grandeza del amor, el seguimiento y el servicio de Cristo. Semejante iluminación ya no le dejó nunca. Él nos dice que se repetía a sí mismo esta misma frase en los momentos de dificultad y de cansancio, y la recordaba a los que se acercaban a él pidiéndole consejo o pidiéndole ayuda para superar alguna tentación.

A partir de su conversión, Francisco cambió radicalmente de vida y adoptó un modo de vivir y actuar enteramente nuevo, con otros valores, otros objetivos, otras ocupaciones y otras formas. Impresiona pensar cómo vivieron aquellos primeros jesuitas, en qué condiciones hicieron el viaje desde París a Roma, su pobreza, su dedicación a los enfermos, su entrega al apostolado directo y humilde. Entre la vida de los estudiantes de París y

la vida de aquel pequeño grupo de peregrinos que marchan hacia Roma, hay un corte radical. Dejan todos sus ideales y estilos de vida. Rompen con todo y asumen una vida pobre, casi bohemia, viven de limosna, se alojan en los hospitales y se dedican a predicar por las esquinas.

El amor de Dios y su plena entrega a Jesucristo es el motivo permanente que aduce Javier en todas las actuaciones de su vida. Su amor y devoción tienen el sello ignaciano del realismo, de la eficacia. Para él, amor es cumplir siempre efectivamente la voluntad de Dios. Antes de embarcarse en cualquier proyecto él necesita cerciorarse de que es ésa, en aquel momento, la voluntad de Dios y el mejor servicio de Jesucristo. En 1545 le escribe a S. Ignacio... “esto os digo porque no sé qué será de mí. Dios nuestro Señor por tiempo nos dé a sentir su santísima voluntad, y quiere de nosotros que siempre estemos prestos para cumplirla, todas las veces que nos la manifiesta y nos la diere a sentir dentro de nuestras almas, y para estar bien en esta vida hemos de ser peregrinos para ir a todas partes donde más podemos servir a Dios nuestro Señor” (León Dufour, p. 199).

Cuando se convence de que Dios quiere que vaya a Japón, ya nadie puede disuadirle. “Una vez que Dios me ha hecho sentir que es de su santísima voluntad y mejor servicio el que yo vaya a Japón, si no fuere me parecería que soy peor que los que voy a encontrar allí”. (León Dufour, 212).

En 1542, recién llegado a Goa, escribe “Creo que los que gustan de la cruz de N. S. Jesucristo descansan viviendo en estos trabajos y mueren cuando de ellos huyen o se hallan fuera de ellos. ¡Qué muerte es tan grande vivir dejando a Cristo después de haberlo conocido por seguir las propias opiniones o aficiones! No hay trabajo igual a éste. Y por el contrario, qué descanso vivir muriendo cada día por ir contra nuestro propio querer, buscando no los propios intereses sino los de Jesucristo” (20 septiembre 1542). Qué cerca están estas palabras de la experiencia de San Pablo cuando describe la condición del apóstol de Jesucristo “llevamos siempre en nuestros cuerpos el morir de Jesús...” (IIC 4,10). También Francisco, como Pablo, quiere vivir en comunión con Cristo hasta hacerse semejante a El en los padecimientos de la redención (Cf Fil 3,10).

En la vida de Francisco de Javier hay, como en la de Cristo, unos años de vida oculta, de oración y abnegación, durante los cuales crece hacia adentro en su fe, en su humildad y desprendimiento, en su conocimiento

de Dios y de los dones de la salvación, en su amor apasionado por Jesús y por el Reino de Dios. Sin estos años de vida oculta no hubiera existido ese gran misionero de sus últimos años. Podemos tener la seguridad de que nosotros tampoco seremos capaces de asumir la tarea de la nueva evangelización, la necesaria y urgente evangelización de nuestro mundo, si no entramos de verdad en una vida nueva, de intensa comunión espiritual con el Señor, profundamente renovada y hasta exteriormente cambiada y diferente, con otros modos de vida, con otra manera de ver el mundo, con otras aspiraciones y otras disposiciones.

Es indispensable que nuestros seminaristas vivan esta experiencia profunda de conversión, de ruptura con la vida anterior, de adhesión explícita y vigorosa a Jesucristo como para liberarse de los atractivos de una vida cómoda y aceptar con gusto los sacrificios y sufrimientos que puedan encontrar en su vida de servicio ministerial, sostenidos por el gozo y la alegría de vivir en comunión íntima con Jesús compartiendo su vida y su misión.

2. Centrado en la evangelización y en la difusión de la fe

La preocupación constante de S. Francisco desde que pisa tierras en la India fue la EVANGELIZACIÓN. Para él evangelizar significaba suscitar o fortalecer la fe en Dios, hacer discípulos de Jesucristo, provocar en sus oyentes la obediencia a su palabra, provocar en ellos un cambio de vida, propuesto de manera directa y eficiente, con clara conciencia de la diferencia y de la novedad respecto de la vida anterior, proporcionar a los nuevos cristianos los medios para perseverar en la fe y en la vida cristiana. Muchas veces repite en sus cartas que en el mundo no hay mayor consolación que dedicarse a difundir la fe en el verdadero Dios.

“El fruto que se hace Dios lo sabe, pues El lo hace todo. ... Tenemos entero conocimiento de nosotros mismos, y sabemos que carecemos de las cosas necesarias *para extender la fe de nuestro Señor Jesucristo*” (Carta 13 a sus compañeros S.I. desde Mozambique).

En dos años que lleva en la India dice haber bautizado a más de 10.000 macuas, en la costa malabar, y comenta “de esta manera ando de lugar en lugar, haciendo cristianos, y con tantas consolaciones que es imposible de explicar por carta y ni en presencia podría explicar”.

Entra por las pagodas, se enfrenta con los brahmanes, sólo uno se convierte y colabora después con Francisco encargándose de enseñar la doc-

trina cristiana a los niños. Delante de los brahmanes recita el Credo “a grandes voces” y les dice qué cosa es cielo y qué cosa es infierno, y les recita los mandamientos. Una vez terminado su discurso, lo abrazan alborozados y le dicen que el Dios de los cristianos es el verdadero Dios, pues sus enseñanzas son tan conformes a la razón natural, pero aun así no dan el paso de abrazar la nueva fe. (A los compañeros de Roma, desde Cochín, en 1544, BAC 114).

Su celo apostólico está apoyado en el gran valor que tiene para él el evangelio de Jesús. Así lo dice cuando prepara la entrada en China desde Japón. “Le llevamos al Rey de China el mayor regalo que puede recibir en este mundo, mucho mejor que los regalos que le llevan los ricos comerciantes con los que navegamos. Confío en la misericordia de Dios que tenga compasión de este gran reino y le conceda el conocimiento de su Creador y la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios y Salvador de todos los hombres” (Carta 109, al Rey Juan III de Portugal).

Se nota en sus escritos una verdadera pasión por difundir el conocimiento de Jesucristo y atraer a la fe a los habitantes de aquellas tierras. Su labor evangelizadora tenía como fundamento el conocimiento de la vida de N. Señor Jesucristo, su historia, su vida, sus enseñanzas, su muerte y su resurrección, como muestra del amor de Dios y camino de salvación. La primera respuesta que se le pide al oyente es que crea en Jesús como Salvador, el arrepentimiento de los pecados, el cambio de vida, el cumplimiento de los mandamientos, la práctica de la oración constante.

La fe en Cristo se despliega como fe en Dios, reconocimiento de Dios como Creador del mundo y de todos los hombres, amor al Dios Padre y Providente, que cuida de nosotros, cuya voluntad es ley de vida y de salvación, al que hay que responder con amor, con confianza, con obediencia a su santa ley, pidiendo constantemente su ayuda mediante la oración.

En un documento muy interesante “Modo de rezar y salvar el alma”, que es como un manual de vida cristiana para los nuevos cristianos, (Goa, 1548, BAC, 249ss), aconseja que lo primero que tiene que hacer un cristiano al comenzar el día, es profesar la fe en la Trinidad “cosa que hacemos sólo los cristianos”, y la segunda cosa “confesar a Jesucristo” diciendo el Credo “sin dudar en ninguna cosa y creyéndolo bien y verdaderamente”. Y luego pedir gracia a N. S. Jesucristo y a la Stma. Virgen para guardar los mandamientos, Por la noche debe hacer examen de conciencia, encomendarse a Jesucristo, a la Virgen María, al Ángel de la Guarda y a San Miguel.

Esta fe personal termina en la incorporación del fiel cristiano a la pequeña comunidad de los creyentes, en torno a la celebración de la Eucaristía como principio de una vida diferente, en la familia, en las relaciones con los demás, sin miedo a vivir en un medio hostil. De este modo en el ambiente pagano de la sociedad aparecen pequeñas comunidades que son verdaderos oasis de amor y de justicia, de piedad y esperanza, formadas por cristianos convertidos, convencidos, participantes, colaboradores y convincentes, dispuestos a dar su vida por defender la verdad de su fe. A partir de entonces, ellos mismos son los primeros testigos y difusores de la fe, con sus obras y sus palabras, con su manera de vivir y las explicaciones que puedan dar de sus propias experiencias en las relaciones ordinarias de la vida cotidiana con otras personas. Los cristianos convertidos por S. Francisco fundaron pequeñas comunidades cristianas que han durado siglos sin el apoyo de nadie.

Francisco no quería conversiones a medias ni condescendía con el mal comportamiento de los cristianos, fueran indígenas o portugueses. Tiene frecuentes conflictos con los gobernadores portugueses por su mala conducta y su falta de ejemplaridad. Habla con gran intrepidez y claridad. Al Rey de Portugal Juan III le cuenta los abusos que hacen los gobernadores, le requiere para que ponga remedio y le dice que “se dé grande prisa para hacer ahora lo que querría tener hecho en la hora de la muerte para entrar con mucha confianza en juicio con Dios, del cual aunque quiera no puede huir, y no lo deje para la hora de la muerte pues los trabajos de la muerte son tan grandes, que no dan lugar para pensar en lo que ahora para aquel tiempo guardamos” (Al Rey Don Juan III, en 1548, BAC 239). No tuvo buenas experiencias con los capitanes y gobernadores portugueses. “Estos hombres son verdaderos lobos que nunca se sacian” dice dejando ver su carácter enérgico y su corazón dolorido.

Escribiendo al P. Simón Rodríguez le dice que tiene hacia el Rey un “amor desengañado” y que si hubiera de pedirle una cosa le pediría que dedicase cada día un cuarto de hora a pensar en aquella palabra de Cristo “De que le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma”. Pues está más cerca de lo que parece de tener que dar cuenta de su administración” (Al P. Rodríguez, 1548, BAC 241).

Dos observaciones importantes podemos hacer que no deberíamos olvidar en nuestra tarea formativa y educadora: 1ª, Francisco no se resigna a vivir entre personas que no conozcan a Jesucristo ni adoren intensa-

mente al verdadero Dios. El se siente obligado a dar a conocer a Jesús a quienes no han oído hablar de él. Está convencido de que el mensaje de Jesús es necesario para la dignificación y la salvación del hombre. Y 2ª, El no habla de teorías, en su predicación y en todas sus actuaciones transmite su propia experiencia, la verdad más profunda y más intensa de su vida, con el calor y la fuerza que sólo alcanzan las palabras cuando nacen de la verdad de la experiencia vivida. En una pastoral de evangelización, la predicación, la catequesis, cualquier actividad pastoral tiene que tener esta fuerza de la experiencia y de la plena verdad. San Pablo es maestro de apóstoles y misioneros. El amor de Cristo nos apremia a anunciar su evangelio a pesar de todas las dificultades y todos los sufrimientos. (Cf IIC cc. 4 y 5).

3. S. Francisco fue un hombre fuerte y decidido, de grandes aspiraciones

En pocos años Dios lo había preparado para recibir sin titubeo una gran encomienda, recibida por sorpresa, por tener que suplir a última hora al compañero enfermo. Por lo pronto, a pesar de las muchas dificultades con las que tuvo que enfrentarse, S. Francisco no se amilanó, ni se asustó, ni se resignó tampoco en ningún momento. Él fue un luchador infatigable. Supo situarse con realismo en el mundo que le tocaba vivir, pero desde ese realismo, en vez de dejarse dominar o abatir por las dificultades, tuvo la fuerza suficiente para hacerles frente y también la habilidad necesaria para inventar estrategias y caminos nuevos. Su fortaleza descansaba en su confianza en Dios. Un siervo de Jesucristo, un ministro de la Palabra de Dios y servidor de la fe no puede asustarse de nada ni rendirse nunca, ante nada ni nadie.

“Una de las cosas que nos da mayor consolación y esperanza muy crecida es el entero conocimiento que tenemos de que todas las cualidades para manifestar la fe de Dios vemos que nos faltan, y siendo así que lo que hacemos sólo es por servir a Dios, créscenos esperanza y confianza que Dios nuestro Señor para su servicio y gloria nos ha de dar en su tiempo abundantísimamente todo lo necesario” (A sus compañeros de Roma, 1 de enero de 1542, BAC, p. 80)

Es extraordinariamente emprendedor y diligente en sus iniciativas misioneras. El amor a Cristo y el deseo de llevar la salvación eterna a sus prójimos le impulsan a emprender constantemente nuevas iniciativas para

difundir el evangelio y dar testimonio del amor de Dios, anunciando la palabra de Dios, enseñando los rudimentos de la vida cristiana de una manera firme, efectiva, que se iba convirtiendo en el eje de la vida de sus discípulos. No tiene descanso. En cuanto tiene un objetivo suficientemente conseguido prepara una nueva expedición apostólica. Va abriendo caminos nuevos para el trabajo de los demás. Está a punto para aprovechar cualquier posibilidad que Dios le pone por delante. Toda su vida mantiene viva la disponibilidad de aquel día en que se ofreció a S. Ignacio para llenar el vacío del compañero enfermo. Desde el primer momento su táctica consistió en ir abriendo nuevos puestos de misión. En cuanto la comunidad cristiana quedaba consolidada en un lugar, él transmitía la responsabilidad a otro compañero y saltaba a un punto nuevo aprovechando los viajes de los mercaderes portugueses o de los mismos pescadores y comerciantes indígenas. Llegó solo y a los diez años eran 60 los jesuitas que trabajaban bajo su dirección en diferentes puntos de misión y de apostolado. Por eso se ve obligado a insistir continuamente a Ignacio y al Rey de Portugal que envíen nuevos misioneros para poder acelerar la conversión de los paganos. En los últimos años de su misión intensifica este ruego a Ignacio, quiere contar con otros compañeros de la Compañía para que vayan a China y a Japón, a los centros de estudios, “porque son gente curiosa y se ha de extender mucho la fe cristiana” (A Simón Rodríguez, BAC 297).

Disponibilidad

Sin embargo, no se conforma con cualquier género de personas. Francisco no quiere gente mediocre ni poco definida. “No os afanéis por recibir mucha gente en la Compañía, sino poca y buena, porque de tales tiene la Compañía necesidad, pues vemos que más valen y hacen pocos y buenos que muchos que no lo son. No recibáis nunca en la Compañía a gente de pocas partes, flacos y para poco, pues la Compañía no tiene de estos necesidad, sino de personas de ánimo para mucho, y de muchas partes” (En las Instrucciones al Rector del seminario de Goa, en 1552, BAC, p. 462).

Está convencido de que la vida espiritual y la ejemplaridad del misionero son indispensables para el buen fruto de la misión, por lo cual es exigente y enérgico en su gobierno, quiere obediencia y echa de la Compañía a varios compañeros por no haber obedecido.

Se toma muy en serio la buena selección de los misioneros y el buen gobierno de su grupo. “Sabed que una de las cosas que más daño hacen a los súbditos imperfectos y soberbios, es ver a sus superiores flojos, remisos o temerosos en reprender y corregir, porque de ahí toman ocasión para crecer más en su opinión y soberbia” (Instrucción segunda al P. Barceo, BAC 464). “Con estos tales haberos heis más por vía de severidad que por vía de afabilidad” (Instrucción cuarta, BAC 468). Le recomienda una vez más que se guarde de recibir personas flacas y para poco “o que por necesidad temporal se meten en religión más por devoción” ib.

Una vez más el proceder de Francisco adquiere una sorprendente cercanía con nuestros problemas y con los riesgos del momento. La escasez de vocaciones no debe llevarnos a bajar el listón de las exigencias objetivas del ministerio sacerdotal, ni en las cualidades personales, ni en la nitidez de las decisiones, ni en la preparación intelectual, ni en las exigencias de una plena disponibilidad, austeridad de vida y libre aceptación de una convencida y eficaz obediencia.

4. De una abnegación heroica

Es inevitable preguntarse de dónde sacaba S. Francisco su fortaleza, y en qué ponía su confianza. Si nos fijamos en los hechos de su vida y recordemos rápidamente sus escritos, veremos que S. Francisco no es un hombre insensible, sino más bien un hombre muy afectuoso y sensible, y en ese sentido muy vulnerable. Sufre vivamente por la soledad en que se encuentra, necesita noticias y afectos de sus compañeros, es consciente de las grandes dificultades físicas y espirituales que va a tener que superar. No hace falta insistir ni aducir pruebas. Precisamente una de las notas que hacen más atrayente y admirable a San Francisco de Javier es su valor y su audacia ante las muchas dificultades de todo orden con las que tuvo que enfrentarse, en los viajes, en el trato con las gentes desconocidas o mal intencionadas, en superar las diferencias y distancias culturales, de lengua, de mentalidad, de intereses. Su resolución no proviene de la inconsciencia ni de la falta de sensibilidad. Mucho menos de la confianza en sí mismo, en sus cualidades y habilidades. El no se desanima nunca, porque tiene una gran confianza en Dios. Sorprende ver la seguridad con la que se prepara para las aventuras más insólitas con una confianza realmente filial en la ayuda de Dios, con una experiencia casi física de la providencia de Dios.

En Lisboa, poco antes de emprender el viaje a Goa, le hizo a su compañero Rodríguez esta confidencia, que se había despertado gritando “más, más” porque en sus sueños se veía envuelto en grandes trabajos y peligros en el servicio del evangelio, y recibía tal ayuda de Dios y tan grande consuelo que no podía menos de pedir más y más. Detrás de esta disposición del santo misionero está su gran amor a Jesucristo y al prójimo, su gran confianza en el valor del evangelio y del mensaje que él podía ofrecer a aquellas buenas gentes en el nombre de Jesucristo.

Desde Cochín, después de su viaje a las islas del Moro cuenta las muchas calamidades que allí ha tenido que pasar, sin alimentos, sin amigos, con muchos peligros de muerte, y añade este sorprendente comentario “son islas propicias para que un hombre se quede ciego de tantas lágrimas de consolación”. “No sé si en alguna parte del mundo cristiano los que se consagran a Dios y a la salvación de las almas han sufrido alguna vez tantos trabajos y tan grandes peligros de la vida como los que se sufren en las islas del Moro” (BAC 301). Y concluye “Mejor es llamarlas islas de esperar en Dios que no islas de Moro” (BAC 217).

En sus años de misionero, Francisco va acentuando sensiblemente su unión con los sufrimientos de Cristo, hasta dar muestras de una verdadera identificación mística con Cristo crucificado. “Qué descanso vivir muriendo cada día por ir contra nuestro propio querer, buscando no los propios intereses sino los de Jesucristo!” (Desde Goa a los compañeros de Roma, BAC p. 91). Es muy diferente rezar y confiar en Dios en tiempos normales, que rezar y confiar en Dios en peligros certísimos de muerte, pudiéndolos apartar fácilmente. “Paréceme que los que en peligros de muerte continuos vivieren, solamente por servir a Dios, que en poco tiempo les vendrá aborrecer la vida y desear la muerte, para vivir y reinar para siempre con Dios en el cielo, pues ésta no es vida, sino una continuada muerte y destierro de la gloria, para la cual somos creados”. Una vez más las expresiones de S. Francisco nos recuerdan hasta materialmente las palabras de S. Pablo: corro para alcanzar el premio al que Dios me llama desee lo alto en Cristo Jesús... (Cf Fil 3, 13ss).

Cuando está preparando el viaje a Japón escribe que nadie le hará desistir por muchos peligros que tenga, “pues no hay otro mayor descanso en esta vida de sin sosiego, que vivir en grandes peligros de muerte, tomados todos inmediatamente por solo amor y servicio de Dios nuestro Señor y acrecentamiento de nuestra santa fe, y con estos trabajos descansa hom-

bre, más que viviendo fuera de ellos” (Al P. Simón Rodríguez, en Portugal, 1549, BAC 289).

Es oportuno señalar que Francisco tiene un sentido dramático de la vida cristiana y del ejercicio del ministerio. En muchas ocasiones aparecen en sus cartas referencias a la idolatría, a las muchas depravaciones en las que caen los hombres como consecuencia del culto a los ídolos y del poder que el demonio ejerce sobre los corazones de las personas y las costumbres de los pueblos a través de estas falsas creencias. Sabe que detrás de las idolatrías está el reino y el poder del demonio, piensa que el demonio pone dificultades en su camino para no perder su fuerza y su dominio en las almas, confía siempre en Dios, y recurre constantemente a la protección de Jesucristo, de la Virgen María y de los santos ángeles en su lucha constante contra el poder del demonio. (Así p.e. en la carta que escribe desde Kagoshima en 1549 durante su viaje a Japón, BAC 3350). Desde Sanchón, poco antes de morir, escribe diciendo que el demonio le pone muchas dificultades para entrar en China, pero que confía en que Dios se servirá de un ser tan pequeño como él para vencer a alguien tan poderoso como el demonio. “que será gloria grande de Dios que por una cosa tan vil como soy yo, confundir una opinión grande como es el demonio” (Desde Sanchón el 13 de noviembre de 1552, a los Padres Francisco Pérez y Gaspar Barzeo, BAC 522, última).

La ida a Japón supuso para S. Francisco una etapa nueva en su vida. En los escritos de esta época aparece sobre todo su profunda confianza en las manos de Dios, ante las muchas dificultades que va a tener que afrontar. El itinerario de su vida espiritual, la admirable unión mística con la voluntad de Dios y la misión redentora de Jesucristo crecen y se manifiestan al mismo ritmo que sus actividades apostólicas, en el surco de su vida de misionero. Es patente y admirable la total unidad de vida del santo misionero, para él vivir era cumplir la voluntad de Dios y la voluntad de Dios se concretaba en su vida de misionero infatigable.

Esta fuerza del amor de Jesucristo, esta valoración apremiante de la misión de la Iglesia, capaz de unificar y movilizar toda la vida personal, tiene que ser el objetivo central de la vida del sacerdote, y aun de todo cristiano. Semejante fuerza interior es indispensable en una vida sacerdotal y tendría que ser el objetivo indispensable de nuestra labor y el criterio básico en la organización de la vida del seminario y en nuestras labores de orientación y discernimiento. En una vida apostólica no cabe la

tibieza ni el conformismo. La vida del sacerdote misionero no es apta para quien quiera ocuparse mucho de sí mismo.

5. Gran confianza en Dios

La confianza en Dios es uno de los sentimientos o actitudes que aparecen continuamente en los escritos del santo misionero, de una manera espontánea, totalmente asimilada, se puede decir que claramente mística. “No tenemos en qué confiar y esperar sino sólo en Dios...Sólo en Jesucristo ponemos nuestra fe, esperanza y confianza” (Carta 90, a los compañeros de Goa, desde Kagoshima).

Cuando se preparaba para ir a las islas del Moro, donde había antropófagos, escribe así “voy a ir a unas islas donde se comen unos a otros, y uno pide a otro su padre, cuando es viejo, para comerlo, diciéndole que le dará el suyo en igual circunstancia” (p.194). Sus amigos le decían que no fuera a islas tan peligrosas, y le daban remedios contra la ponzoñas. Pero él para que no disminuyera su confianza en Dios dejó de tomar esos preventivos, “por no cargarme de miedo sin tenerlo y por haber puesto toda mi esperanza en Dios”. (A los compañeros de Europa, Amboina en 1546, BAC p. 191). Esta necesidad de ponerse en manos de Dios, la vivió S. Francisco de manera especialmente intensa al dirigirse a Japón. “Cuando lleguemos a Japón vamos determinados a dirigirnos donde habita el Rey. Dicen que hay allí muchos estudios. No tenemos ningún temor. Vamos confiados en la misericordia del Señor que nos ha de dar la victoria sobre sus enemigos. No nos asusta encontrarnos con sus letrados, pues quien no conoce a Dios ni a Jesucristo ¿qué puede hacer? Y si nosotros nos apoyamos en la verdad de Jesucristo ¿qué podemos temer?” (Carta 85, a compañeros de Europa, desde Malaca). “El mayor peligro que tenemos es dejar de confiar en la misericordia de Dios, pues por su amor y servicio vamos a manifestar su ley, y a Jesucristo su Hijo, nuestro salvador y Señor”. Desconfiar de su misericordia y de su poder por los peligros en que nos podemos ver por su servicio, es mucho mayor peligro que los males que nos pueden hacer todos los enemigos de Dios, pues sin su licencia y permiso los demonios y sus ministros nada nos pueden hacer”. (Carta 131, al P. Francisco Pérez, desde Sanción).

Y cuando sus amigos lo quieren asustar para que no vaya a Japón, ponderando los muchos peligros en que se va a encontrar. él se espanta “de la

poca fe que tienen en Dios, que es dueño de las tormentas de China y Japón, de los vientos y de los bajos, que al parecer hay muchos y más poderosos que los ladrones y piratas que son muchos y muy crueles causando tormentos y martirios” (Al P. Simón Rodríguez, BAC 292).

Es imprescindible que nuestros seminarios perciban que van a verse envueltos en tareas literalmente sobrehumanas, en las cuales no se puede entrar sino revestidos de una profunda humildad, de una sincera y madura desconfianza de sí mismo, pero con una gran confianza en Dios y en Jesucristo, en un Cristo Hijo de Dios cercano y presente, verdaderamente dueño de nuestra vida y motor de todas nuestras empresas y actividades. Nada de esto es posible sin una vida espiritual intensa y madura.

6. Eclesial

Ni la novedad de las situaciones en que se encuentra ni los miles de kilómetros que lo separan de sus superiores son suficientes para debilitar la comunión espiritual de Francisco con la Iglesia. San Francisco no pretende ningún personalismo, en sus predicaciones no propone nunca sus propias teorías personales, sino que predica y anuncia la fe elemental de la Iglesia, las oraciones y las enseñanzas básicas de la Iglesia y de los cristianos. Por lo pronto, él se presenta siempre y se relaciona habitualmente con el obispo o con los obispos de las zonas que visita. A sus compañeros les recomienda que obedezcan en todo al obispo, que no se pongan nunca a malas con los vicarios, aunque no entiendan sus razones. Al P. Alfonso Cipriano que ha tenido algún roce con el vicario episcopal le reprende fuertemente “Muy mal me parece” “lo que hacéis por un lado, por otro lo deshacéis” “Plegue a Dios que de estas imprudencias algún día hagáis penitencia”. “Lo que con humildad no consigáis no habéis de conseguirlo con desavenencias”. “Os mando que vayáis al vicario, pongáis las dos rodillas en tierra y le pidáis perdón de todo lo pasado y le beséis la mano” (Desde Goa en 1552, BAC 457).

Llevaba muy viva en el alma su relación con el grupo de la naciente Compañía. Y en esta relación vivía él también su comunión con la Iglesia universal. Él mismo confiesa que escribe a Ignacio y lee sus cartas de rodillas, como muestra de su afecto y de su obediencia, a pesar de la distancia. (Carta 71, al propio S. Ignacio, desde Cochín). Para él la comunión inmediata con la Iglesia se concretaba en la unión de obediencia y de amor

con sus compañeros de la Compañía. “Compañía de Jesús quiere decir compañía de amor y conformidad de ánimos, y no de rigor o de temor servil” (Carta 70, a S. Ignacio de Loyola, desde Cochín). Es sorprendente el amor que manifiesta a sus compañeros, dice que los lleva en el corazón, que sueña con ellos, que no haría nada si no contase con sus oraciones y su apoyo. Se desborda su corazón cuando describe cómo tiene siempre tan viva memoria de sus compañeros que no le hace falta verlos, pues los tiene siempre presentes. (Carta a Ignacio en 1547, BAC 165). Dice que cuando habla de la Compañía no sabe acabar, pues es consciente de las muchas deudas que tiene con la compañía que no tiene suficiente talento para comprender todo lo que ha recibido de ellas, y de que por las oraciones de sus compañeros Dios lo ha guardado de muchos peligros materiales y espirituales, y finalmente que si alguna vez él llegara a olvidarse de la compañía que se le seque la mano derecha. (A sus compañeros de Roma en 1548, BAC 226). Confiesa que pide a Dios insistentemente verse físicamente con el P. Ignacio para hablar de muchas cosas, porque necesita médico para su alma. Aunque la distancia no es enemiga de la obediencia. (A S. Ignacio en 1548, BAC 228).

El P. Dufour interpreta esta continua unión espiritual con sus compañeros como una verdadera gracia mística, una admirable experiencia de la comunión espiritual dentro de la Iglesia. “os rogamos queridos padres y hermanos que por nuestra estrechísima amistad en Cristo Jesús nos escribáis qué debemos hacer y sentir para mejor más amar y mejor servir a Cristo nuestro Señor, pues tanto deseamos la voluntad de Cristo nuestro Señor sernos por vosotros manifestada” (León Dufour, 180). Francisco sufrió el mal de la soledad y la nostalgia. Muchas veces da muestras de su deseo de verse con sus hermanos y les pide que no dejen de escribirle y de darle noticias de todos y cada uno. Desde Malaca, durante su viaje a Japón, expresa su deseo de “que Dios nos junte en la gloria, porque en este mundo no sé cuando nos vamos a ver, pero la santa obediencia lo puede hacer, y lo que parece difícil es fácil cuando la obediencia quiere”. (A los Padres de la Compañía en 1549, BAC 339). ¿No hay aquí un dolorido deseo de volver algún día a Roma para reunirse con sus compañeros?

Estos sentimientos podemos aplicarlos proporcionalmente a nuestra vida, dentro del Presbiterio diocesano y en las comunidades cristianas, en relación a las personas e instituciones de nuestra Iglesia local, con la cual y mediante la cual entramos en la gran comunión católica. Es necesario

que nuestros seminaristas, por encima de otras afinidades o simpatías, descubran y vivan sincera y gozosamente la comunión eclesial, la unión fraternal con sus compañeros sacerdotes, el afecto religioso y eclesial con el Obispo, como consecuencia de la comunión en la verdad de Jesús, en su amor, en su misión, en su servicio y en su sacrificio de alabanza y de redención.

La vida de comunión eclesial tiene que ser clara, efectiva, vital. El sacerdote y los cristianos que viven en un fuerte contraste con el mundo necesitan sentirse a gusto en su Iglesia, tienen que alimentar su gozo y su autoestima de la convivencia espiritual y vital con sus hermanos de presbiterio, con su Obispo, con la Iglesia universal. Con esta dimensión personal y profunda de la comunión eclesial tiene que darse también la clara y definida comunión doctrinal y disciplinar. Sin unidad de doctrina y de acción en la misión la capacidad misionera del ministerio apostólico se debilita irremisiblemente. Esta comunión tiene que estar alimentada por una formación clara y firme en las afirmaciones fundamentales de la fe, de la tradición eclesial y de la teología.

La visión sobrenatural de la Iglesia, la relación adecuada con las personas concretas, aceptada cada una en su realidad humana y en su misión eclesial es un dato indispensable de la madurez eclesial de los cristianos y por tanto también de nuestros sacerdotes y seminaristas. ¡Cuánto más alegre sería nuestra vida y cuánto más fecundo nuestro apostolado si alimentáramos unos sentimientos semejantes entre nosotros y viviéramos como Francisco de verdad la comunión espiritual con nuestros hermanos, haciendo de la Iglesia nuestra primera y verdadera familia!

7. Métodos sencillos y directos.

En varias ocasiones Francisco explica en sus cartas el modo de organizar sus actividades misioneras. En ellas se refleja a la vez su personalidad y su celo admirable. Francisco era un hombre sencillo y práctico, sin grandes complicaciones intelectuales. A pesar de estar metido en tantas luchas y de alimentar tan grandes proyectos, en su vida espiritual y las normas de su comportamiento fue siempre un hombre sencillo, sin complicaciones, que se alimentaba de las afirmaciones fundamentales de la fe. Devoto de la Eucaristía y de la Virgen María, a la que se encomendaba con una gran ternura y confianza, extraordinariamente fervoroso ante la imagen de Jesús

crucificado, a la que recurre siempre en sus dificultades y peligros con una ingenua y firme confianza, amigo de recitar jaculatorias y de recitar fervorosamente las oraciones más fundamentales del cristiano.

Tanto su manera de actuar, como los consejos que da a los catequistas en las diversas instrucciones que dejó escritas para ellos, muestran que él está convencido de que para desarrollar un ministerio amplio y eficaz no es preciso hacer grandes cosas ni promover actividades extraordinarias, basta con vivir intensamente el cristianismo sencillo, centrado en el amor y la fidelidad, en la entrega generosa y efectiva de nuestra vida a la causa de Jesús y al servicio de su Reino, en comunión de amor y obediencia con nuestra Iglesia.

Llama la atención cómo su buen instinto cristiano y misionero le hace dar con un método sencillo que va directamente a preparar la conversión y el bautismo de los paganos. Les enseñaba el Credo, haciendo que repitiesen con él los artículos de la fe, les enseñaba los diez mandamientos animándoles a cumplirlos si querían salvarse eternamente, y les enseñaba a rezar prácticamente recitando el padre nuestro y el Ave María. Rezaba con ellos, para que Dios les concediera la gracia de creer firmemente y de vivir santamente. (Desde Cochín, a los compañeros de Roma, en 1544). En este escrito explica su metodología. Primero el acto de contrición, luego acto de fe en los artículos de fe, uno por uno, luego promesa de cumplir los mandamientos, uno por uno, luego padrenuestro y luego el bautismo, y para terminar la salve. En esta carta es donde pondera el gran número de los que se bautizan, hasta que se le cansan los brazos y se queda sin voz de tanto repetir con ellos los artículos de la fe y las oraciones.

Se adapta a las necesidades de la gente. Llevaba siempre intérpretes consigo. Pero se esfuerza por aprender las lenguas y a los pocos días de llegar a un nuevo lugar es ya capaz de repetir en la lengua nativa las partes más fundamentales de la doctrina cristiana. El mismo se esfuerza por traducir a la lengua de cada lugar las enseñanzas fundamentales de la fe cristiana y las oraciones del padrenuestro y el avemaría. Cuando va a Japón pide a Dios aprender pronto las lenguas, porque así espera hacer mucho fruto. “ahora somos como estatuas”, dice (BAC 364). En su interés por evitar dificultades y facilitar la vida de los nuevos cristianos, sugiere que desde Roma cambien la fecha de la Cuaresma para que los habitantes de las costas puedan vivirla fácilmente en el tiempo en que no salen a la mar.

En otra ocasión, en la isla de Maluco, como la gente no quería bautizarse contra la voluntad de su señor por miedo a las posibles represalias, va a convencer al señor y le hace decir que “ser cristiano es buena cosa” con lo cual todos se bautizan, pequeños y grandes. (Desde Tuticorin a S. Ignacio, en 1542)

Tiene muy clara la escala de sus actividades. A Mansilla le recomienda que no deje lo universal por lo particular, es decir que no deje la predicación por atender a alguna confesión. Y le insiste que atienda primero las predicaciones “por el mucho bien que se hace”. Busca igualmente los centros que tienen más influencia en el conjunto de la población. En Japón polemiza intensamente con los brahmanes y busca los centros de estudio y de influencia. Cuando ve la influencia que tiene el gran imperio chino sobre los japoneses (los “japanes” como él dice) decide ir a China, a pesar de todas las dificultades y peligros, “porque así será más fácil que la fe cristiana sea aceptada por los japoneses que con tanta devoción y respeto aceptan la sabiduría de los chinos”.

En sus catequesis seguía un esquema sencillo y fundamental: Comenzaba explicando el credo, los artículos de la fe, la existencia y providencia del Dios Creador, la vida y enseñanzas de Jesucristo, la necesidad de arrepentirse de los pecados y cambiar de vida para salvarse eternamente y evitar las penas del infierno. . A continuación explicaba los mandamientos y les enseñaba a rezar el padrenuestro y el avemaría para pedir a Dios ayuda para cumplirlos. Antes de recibir el bautismo los catecúmenos recitaban con él el resumen de la catequesis que habían recibido y hacían la promesa de llevar vida ordenada y santa. Con frecuencia les enseñaba a recordar todo ello con músicas sencillas que él mismo componía.

En Japón dedica mucho tiempo y esfuerzo a la conversión de los bonzos. Mantiene con ellos verdaderos debates teológicos, les explica la unidad y la trinidad de Dios, la encarnación del Hijo de Dios, los bienes de la vida cristiana. Trata de convencerles de la inmortalidad del alma, con sus propios argumentos, de manera que le puedan entender, “de lo cual quedan muy consolados”. Sin embargo uno sólo se convirtió, aunque como Nicodemos muchos de ellos le manifestaban en secreto su conformidad con las explicaciones que les había dado. Y a sus compañeros les aconseja que sean sencillos en sus predicaciones y catequesis. “Hablad de cosas interiores, sin muchas autoridades, cosas que el pueblo entienda, y no las que no entiende, que les muevan a confiarse a vos”. El quiere una

predicación realista, sincera, que vaya a la verdad de las cosas y tenga muy en cuenta la situación de la gente para ayudarles de verdad a creer en Dios y recuperar la plenitud de su vida personal y social. “Si queréis hacer fruto, así a vos como a los prójimos, y vivir muy consolado, conversad con los pecadores, ganad su confianza para que se abran a vos. Estos son los libros vivos por los que habréis de estudiar, así para predicar como para vuestra consolación. No digo que alguna vez no hayáis de estudiar con libros escritos, más sea para buscar autoridades de la Escritura contra los vicios y pecados que encontráis en los libros vivos para fortalecer la fe” (Instrucción para el P. Barceo, 1549, BAC 313).

Era severo con los abusos pero apoyaba su ministerio en un amor sincero y sencillo a las buenas gentes. A Mansilla le dice que se haga querer de la gente, porque conseguirá más fruto si le quieren que si le temen. A otro compañero le recomienda “Trabajar para amar mucho al pueblo, considerando que Dios me los encomendó y para su bien me dio gracia para predicar” (Instrucción tercera al P. Barceo, BAC 466). A Mansilla le escribía, “Mucho os tomo a recomendar que trabajéis en haceros amar en los lugares donde anduviereis y estuviereis, así haciendo buenas obras como con palabras de amor, para que de todos seamos amados antes que aborrecidos; porque de esta manera haréis más fruto, como ya le tengo dicho”. Tiene una gran consolación cuando ve que los cristianos les tienen “grandísimo amor, de lo cual se sigue que den crédito a nuestras palabras y hagan lo que les recomendamos” Se alegra de que también sean queridos por los moros, “a lo que parece desde fuera”. “Los cuales tienen alguna razón, porque a veces impedimos algunos agravios de parte de los capitanes y portugueses”.

Con gran sagacidad explica que no hay que reprender públicamente a los hombres poderosos “porque estos hombres son muy peligrosos y se hacen peores cuando se les reprende en público. Las reprensiones han de hacerse en privado, con rostro alegre y palabras mansas y de amor, y no de rigor, porque en saber ganar la voluntad de los hombres haciéndolos amar de ellos está el fruto de las predicaciones” (3 de abril de 1552).

Su predicación estaba siempre reforzada por el testimonio de la caridad y de su amor desbordante con los pobres y enfermos. Pocas veces se insiste suficientemente en la generosa y heroica caridad de San Francisco con los enfermos. Se desvivía por ellos, sacrificando su reposo y exponiendo su vida para atender a toda clase de enfermos y necesitados. Así lo

hizo ya durante el viaje desde Portugal y en todas sus escalas y estaciones. Tuvo siempre S. Francisco una gran predilección por los enfermos. La atención a los enfermos fue uno de sus principales recursos para relacionarse con la gente y entrar en sus casas. Cuando no podía ir, mandaba a los muchachos que le acompañaban para que recitaran el credo y así se anunciaba el Credo a muchas personas. “Usaba Dios de mucha misericordia con los que adolecían, pues por las enfermedades los llamaba y casi a la fuerza los traía a la fe” (15 de enero de 1544).

En sus cartas manifiesta una gran sensibilidad por las injusticias que los colonizadores y los poderosos cometen en contra de la gente sencilla. Se rebela y se siente obligado a intervenir en defensa de los más débiles. Como buen pastor está dispuesto a dejar la vida por sus fieles. En una ocasión deja sus actividades misioneras y viaja precipitadamente a socorrer a los cristianos de Comorín que han sido atacados por los “badagas”. Pesquería para defender a los pobres pescadores del asalto y los saqueos de los piratas. Se lamenta de las muchas desgracias y sufrimientos que ha visto y concluye “ruego a Dios que mueva los corazones de los ricos para que tengan mucha piedad de estos pobres” (León Dufour, 161).

Él se preocupa y sufre al ver las injusticias y atropellos que cometen los portugueses y no se ahorra molestias ni gestiones para aliviar la situación de los nativos que con frecuencia viven sometidos como esclavos. Pide al P. Simón Rodríguez, que mueva al Rey a enviar una nave a la isla de Socotora, pues allí “hay un moro poderoso que oprime y agravia muy cruelmente a los cristianos”. “Os ruego pues por amor de Jesucristo que devolváis la libertad a los de Socotora, vejados por tan injusta esclavitud” (BAC 297). A Mansilla le escribe, “No tengo miedo a los miedos que estos cristianos me meten, diciéndome que no vaya por tierra. Los que quieren mal a estos cristianos me quieren mal a mí. Estoy tan enfadado de vivir que juzgo que es mejor morir, por favorecer a nuestra fe, viendo tantas ofensas como se hacen, sin acudir a ellas (Desde Manapar a Mansilla en 1544).

Pide al Rey que se preocupe más del bien de sus súbditos, llega a pedirle que implante la Inquisición y que castigue ejemplarmente a los que abusan de su poder y maltratan a los indígenas con gran escándalos de las gentes y ofensas para su condición de cristianos. Critica directamente al Rey, “pues de los muchos bienes que recibe de estas tierras solo una partecita insignificante emplea vuestra alteza en favorecer la religión y pro-

curar por el bien de estas regiones” “pido a Dios que en esta vida le de gracia para sentir y hacer lo que en la hora de la muerte desearía haber hecho” (Desde Cochín a Juan III, en 1545).

En este terreno de los métodos apostólicos, son muchas las enseñanzas que se desprenden de la actuación de S. Francisco Javier y que resultan imprescindibles en una vida apostólica que verdaderamente responda a la voluntad del Señor y a las necesidades de nuestra gente. Ante todo hay que saber acercarse a los que llamamos alejados, a los que no creen, a los que no se acercan a nuestras iglesias. Hay que saber situarse en sus puntos de vista, llegar a discutir amablemente con ellos los temas básicos de la vida y de la muerte, de la concepción de la vida, de los criterios básicos de nuestro comportamiento. Con sencillez, con claridad y amabilidad, ofreciendo la verdad de Jesús con verdadero amor y verdadero deseo de ayudar, sin juzgar ni ofender a nadie. En el ejemplo de Francisco hay toda una escuela de talante misionero y apostólico que tendríamos que saber transmitir a nuestros sacerdotes y seminaristas.

CONCLUSIONES

No sabemos cómo evolucionarán las cosas en los próximos años. Los caminos de Dios y los mismos acontecimientos de la historia son imprevisibles. Pero en cualquier caso, la tarea de anunciar el evangelio de Jesucristo, la misión admirable de ayudar a nuestros hermanos a conocer y amar a Dios como fuente inagotable de vida eterna, siempre será la tarea central y la razón de ser de nuestra vida.

En el esfuerzo de responder a la vocación de Dios y de ayudar a nuestros hermanos a descubrir las exigencias de este ministerio, S. Francisco de Javier, hermano y patrón nuestro puede iluminarnos en muchas cosas importantes.

A) Si algo se desprende con claridad de la hazaña misionera de S. Francisco de Javier es que lo más importante en el ministerio evangelizador del sacerdote no es *hacer muchas ni grandes cosas*, sino *ser de verdad discípulos*. Para ser evangelizador, para ser apóstol, hay que comenzar por ser discípulo. S. Francisco de Javier, siguiendo el ejemplo de Jesús nos enseña que para desarrollar una vida pública como misionero, hay que ser capaz de vivir antes un tiempo oscuro y callado de purificación, de

seguimiento, de crecimiento en el amor y la obediencia, con fidelidad y perseverancia, aunque no tengamos consuelos especiales, aunque no recibamos los parabienes de nadie. Estas dos fases de la vida son necesarias siempre, no sólo con una sucesión temporal, sino como una cadencia existencial. Para ser testigo y difusor de la fe, para anunciar el evangelio en tiempos de laicismo, hay que alcanzar una fuerte madurez espiritual y vivir como verdadero discípulo. Siempre el *ser por delante del hacer*.

B) En la vida sacerdotal del futuro, y por eso mismo en la vida actual de nuestros seminarios, hay que adquirir convicciones y hábitos bien arraigados de oración personal. San Francisco, siguiendo el ejemplo de Jesús, solía orar por la noche. Después de los días de trabajo agotador, oraba por las noches ampliamente, con sosiego, con calma, con gran amor. Conviene examinar si en nuestros seminarios los jóvenes tienen suficientes experiencias de oración personal, solitaria, perseverante. Los discípulos veían a Jesús sumido en oración, los catecúmenos veían con admiración cómo Francisco pasaba largas horas de oración en su habitación o en su cabaña. Hace falta que los seminaristas vean también que sus formadores y profesores son hombres de oración. El día de mañana buena parte de la vida pastoral de nuestros sacerdotes consistirá en pasar horas de soledad y de silencio en su iglesia orando por la salvación de su pueblo. Y tienen que estar preparados para esta situación que puede ser insuperable para el que no vive hondamente el misterio de la fe, como puede ser consoladora para el que vive de verdad el misterio de la cruz de Jesús.

C) En nuestra vida sacerdotal y apostólica necesitamos radicalizar mucho la confianza en Dios y la seguridad en el fruto de su palabra. La humildad verdadera y profunda, que requiere una notable madurez personal, es el camino para alcanzar esa invencible confianza en Dios que resulta indispensable en la vida del apóstol.

D) Conviene cultivar y estimular la diligencia y la creatividad de los futuros sacerdotes. En la actualidad tenemos el gran peligro de movernos cómodamente dentro de unos moldes establecidos. Nos acomodamos fácilmente dentro de un marco tranquilo, bien conocido, cumplimos bien con nuestras obligaciones reglamentarias, pero el tiempo restante lo pasamos tranquilamente en nuestras ocupaciones preferidas. Además de aten-

der a las necesidades y demandas ordinarias de la comunidad cristiana, los sacerdotes tendrán que dedicar tiempo y esfuerzo a llevar el evangelio a las personas alejadas, sean adultos o jóvenes, sin resignarse nunca a una Iglesia enquistada en comunidades estabilizadas y satisfechas. Esto requiere vivir con más tensión, tensión de amor que no de angustia, que les lleve a buscar iniciativas nuevas para llegar a nuevas personas. No hay lugar para el conformismo. El amor de Dios no permite conformarse con un mundo en el que tanta gente deje de conocerlo y de amarlo. Quien ama a Dios siente la necesidad de mostrar y ofrecer a sus prójimos los tesoros de la salvación.

Hemos de tener el valor y la sinceridad de cuestionarnos la tendencia a organizar nuestra vida y nuestros tiempos de trabajo como se organizan en la vida civil. ¿Podemos imaginarnos a S. Francisco reservándose un día a la semana para descansar? ¿Pensáis que S. Francisco sería capaz de pasar un mes de vacaciones en la playa o en la montaña “desconectando”, como se dice, de las obligaciones y necesidades de su misión? ¿Creéis que le quedaría ahora mucho tiempo disponible para cultivar sus aficiones personales, para ver la Tele o dedicarse a hacer deporte? Pueden parecer preguntas exageradas, pero no creo que sean impertinentes.

E) Reconocimiento de la colaboración de los seglares y valoración del trabajo en equipo y en pequeñas comunidades. En la medida de sus posibilidades, S. Francisco confiaba mucho en la colaboración de sus compañeros y de los seglares. Por intuición y por la fuerza de la necesidad, podemos decir que fue un verdadero precursor en la incorporación de los seglares a las tareas apostólicas y misioneras. En esto, como en tantas otras cosas, es un maestro y un ejemplo para nosotros. No podemos seguir trabajando en solitario, ni pensar en colaboradores sin concederles ninguna responsabilidad. Tenemos que aprender a trabajar pastoralmente en grupos, o pequeñas comunidades, hace falta educar así a los seminaristas, que sepan convivir y trabajar con seglares, que valoren y respeten sus cualidades y sus dones espirituales, que sean capaces de dirigir sin imponer, sin oprimir, sin exaltarse a sí mismos, sin considerarse superiores a los demás, que tengan una visión integradora de su propio ministerio y de los carismas de los demás.

Al llegar al final tengo que la sensación de haberme dejado escapar entre los dedos el agua más clara y más profunda de la espiritualidad de

este hombre admirable, de este apasionado discípulo y apóstol de Jesucristo que fue Francisco de Javier. Su ejemplo nos ayuda a descubrir que en estos tiempos de descreimiento tenemos que cambiar la imagen de nuestro ministerio sacerdotal. En el futuro los sacerdotes no podrán conformarse con ser hombres de Iglesia, servidores rutinarios de la comunidad cristiana, sino que tendrán que ser hombres de misión, hombres intrépidos dedicados ardientemente al anuncio del evangelio entre los que no creen. La fe es fruto de la palabra de Dios anunciada con la fuerza de la experiencia mística del apóstol. Ser apóstol es la cumbre del seguimiento de Jesús. No podemos conformarnos con menos en nuestros programas de formación sacerdotal.

Dejo que San Pablo nos dé el último consejo: “que la esperanza os mantenga alegres, manteneos en la fe que habéis recibido, ser asiduos en la oración y firmes en la tribulación” (Rom 12,12).

NOTA CRONOLÓGICA DE SAN FRANCISCO JAVIER

Nacimiento, 1506.
Marcha a París 1525.
Los votos de Montmartre en 1534.
Ordenado sacerdote en Venecia 1537.
En Roma desde 1538.
En 1540 destinado a la India supliendo a Bobadilla.
En 1541 parte desde Lisboa.
En 1549 llega a Japón, Kagoshima, hasta 1551.
En 1552 parte de Goa para China.
Muere el 3 de diciembre de 1552 en la isla de Sanchón.